

Estado de excepción

Jeremy Tiang



AMOK
EDICIONES

Estado de excepción

Título original: *State of Emergency*

Publicado por primera vez en Singapur en 2017, Epigram Books.

© 2017, Jeremy Tiang

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

© 2022, Alejandro Pradera, por la traducción

Primera edición en España, octubre de 2022

Juan Alberto Hernández, por la ilustración

Natalia Martínez, por la maquetación

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, espacio de contenidos creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño Gráfico de este título:

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-01-9

Depósito Legal: M-4932-2022

Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para mis padres, Helen y Víctor Samuel

La tradición de los oprimidos nos enseña que el «estado de excepción» en que vivimos es la regla.

WALTER BENJAMIN

Sobre el concepto de la historia

1

JASON

Mollie Rozario murió en la explosión que destruyó el edificio MacDonald el 10 de marzo de 1965. Se encontraba trabajando en su escritorio del Hong Kong and Shanghai Bank, sumando columnas de cifras, cuando el muro que tenía a su espalda se vino abajo, y a continuación el techo. La explosión le rompió varias costillas, le perforó un pulmón y le provocó una fractura en la base del cráneo que la mató en el acto. Tenía veinticuatro años.

Hubo otras tres víctimas mortales además de Mollie: dos chicas que trabajaban en su misma oficina (la prensa las denominaba «chicas» a todas, aunque una de ellas tenía casi cuarenta años y estaba divorciada), y el chófer de la vecina empresa de construcción Borneo Malaya, que falleció cuando un canalón se desprendió y se desplomó contundentemente sobre el techo de su coche. Otras treinta y tres personas fueron trasladadas al Hospital General de Singapur, de las que siete quedaron ingresadas por heridas graves.

Al día siguiente, las tres mujeres fallecidas, guapas y de aspecto saludable, aparecían en la primera página de todos los periódicos. En concreto, la prensa destacaba la juventud y el futuro prometedor de Mollie; la tragedia de que hubiera contraído matrimonio en una fecha tan reciente, y el hecho de que dejara una hija recién nacida. El chófer estuvo cinco días inconsciente en el hospital antes de morir, de modo que quedó al margen de casi todo aquel revuelo informativo.

Jason Low, el hermano de Mollie, se encontraba en su oficina de la calle Connaught cuando se escucharon por la radio las primeras noticias del atentado, unos minutos después de la explosión. Hubo

un momento de silencio absoluto en la sala, y después Jason bajó a la calle por las escaleras, montó en su bicicleta, dejando atrás el parque polideportivo Padang y enfilando la calle Penang. El tráfico iba haciéndose más denso a medida que se aproximaba al edificio de ladrillo rojo, ya que los automovilistas se paraban a mirar y la calle estaba repleta de coches abandonados.

La lluvia confería un aire onírico a la escena. Los empleados del banco de Mollie estaban tranquilamente de pie en la acera, muchos de ellos sangrando, con pequeños cortes. Parecía que los trabajadores blancos y altos de la embajada de Australia, cuyas dependencias se encontraban en la planta inmediatamente superior al banco, habían salido indemnes, pero mucho más enfadados. Jason vio a una anciana delgada en una camilla, mientras los enfermeros de una ambulancia intentaban contener la sangre que brotaba de su frente. Desde el exterior, el edificio parecía no haber sufrido daños, al margen de las ventanas, cuyos cristales se habían pulverizado hacia afuera en un radio de treinta metros y ahora parecían bocas abiertas de par en par, negras y vacías.

Un policía en pantalón corto de color caqui se plantó delante de Jason cuando intentaba acercarse al edificio. «Alto —le dijo, agarrándole por el hombro, de forma que Jason casi se cayó de la bicicleta—. Prohibido el paso». Se le trababa la lengua al hablar inglés. «Mi hermana —dijo Jason, intentando aparentar tranquilidad en su voz—. Mi hermana, ahí dentro». Pero el policía se limitó a repetir, como si estuviera leyendo un guion: «*Amas*, peligro, el edificio no es seguro».

Unos hombres con libretas y cámaras fotográficas pululaban cautamente alrededor del edificio siniestrado. Entre la multitud circulaban todo tipo de rumores: un escape en una conducción de gas, defectos estructurales, y después, cada vez con más resonancia, la palabra «bomba».

Cuando la policía lo confirmó a regañadientes, los reporteros se pusieron en cola ante las dos cabinas telefónicas que aún funcionaban, mientras que los fotógrafos se marcharon en taxi a toda velocidad para revelar las fotos antes del cierre de la siguiente edición. Todo el mundo parecía ser consciente de que la noticia que se estaba gestando en ese momento acabaría formando parte de la

nueva mitología nacional. Se trataba del peor incidente de la *konfrontasi*, la confrontación con Indonesia, hasta el momento. Estaba claro que Sukarno estaba apretando las tuercas, y que tendría que haber algún tipo de respuesta.

La policía se desplegó a ambos lados de la avenida para evitar los saqueos. Jason se aferraba a su bicicleta, repitiendo una y otra vez «mi hermana, mi hermana», hasta que le dejaron en paz. Acabó varado en el mar negro de la calle, resbaladiza por la lluvia, sobre el que las esquirlas de cristal relucían como estrellas a sus pies. Llegó el equipo de artificieros británicos, unos hombres con voces valientes. Parecían más seguros de sí mismos que los policías locales, pero allí no tenían mucho que hacer salvo delimitar el perímetro con unas banderitas y hablar con tono apremiante a través de sus *walkie-talkies*. Sonaban como los personajes de las películas.

«¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde están los supervivientes?», preguntaba Jason aferrándose a los brazos uniformados que pasaban por delante de él, primero en inglés y después en malayo. Los policías se encogían de hombros y señalaban a la gente que estaba en la acera. Allí no había orden de ningún tipo, nadie estaba confeccionando listas de supervivientes. Había demasiada gente a tener en cuenta: montañas humanas, océanos humanos, como dicen en chino. «¿Todavía queda gente dentro?». Nadie era capaz de responder a eso. Los equipos de rescate sacaban carretillas llenas de escombros y quitaban de en medio las enormes losas de hormigón levantándolas a pulso.

Jason supo la respuesta a su pregunta cuando empezaron a sacar los cadáveres. Intentó acercarse, apartar de un tirón las mantas que ocultaban los cuerpos, pero volvieron a darle el alto. «Vaya al hospital —le dijeron—. Aquí no, al aire libre no».

Nadie se ofreció a llevarle en coche, de modo que tuvo que montar de nuevo en su bicicleta por las calles resbaladizas, por la calle New Bridge, hasta el barrio de Outram. El mortuorio se encontraba en un sótano y estaba pintado de un horrible color verde. El celador le exigió que dejara de gritar, y a continuación le mostró primero los cuerpos de dos desconocidas y después el de su hermana.

El rostro de Mollie estaba cubierto por una costra de sangre, sus ojos, tan familiares, estaban abiertos pero empañados. Tenía

trocitos de escombro debajo de la lengua, detrás de su dentadura perfecta. El celador le impidió tocar el cuerpo del delito. Jason únicamente tenía que asentir con la cabeza para identificar el cuerpo. A continuación se llevaron el cadáver para tomarle la filiación.

Le ofrecieron una taza de té, pero él la rechazó y se desplomó en el pasillo. ¿Ahora quién iba a ir a recoger a los niños al piso de sus padres? Normalmente Mollie pasaba a buscar a su hija y después él recogía a sus mellizos. Intentó hacer algo, llamar a sus padres, pero tenía la sensación de que el aire le oprimía y le inmovilizaba. Tenía cosas que contarle a Mollie, pero por supuesto ella ya no estaba. Más tarde, Jason fue incapaz de calcular cuánto tiempo había estado en aquel sótano. Cuando salió de allí, había dejado de llover y brillaba débilmente el sol.

Los terroristas fueron detenidos tres días después, eran dos guerrilleros indonesios a los que sorprendieron cuando intentaban huir en barco. Les habían entregado una bolsa de Malaysian Airways que contenía entre nueve y once kilos de nitroglicerina, y les dijeron que la detonaran en cualquier edificio público. Habían desembarcado a las once de la mañana y, después de almorzar, dejaron los explosivos en lo alto de un tramo de las escaleras del imponente banco.

Tal y como lo recuerda hoy Jason, los asesinos murieron muy poco después, aunque al consultar las fechas ha comprobado que pasaron tres años hasta que los condenados agotaron todos sus recursos judiciales. Fueron ahorcados entre los altos muros de la cárcel de Changi el 17 de octubre de 1968. Como mucha otra gente, aquel día Jason acudió a las puertas de la cárcel a esperar a que izaran la bandera que indicaba que se habían efectuado las ejecuciones.

Ahora, al cabo de cincuenta años, el instinto de venganza de Jason está entumecido. Ya le da igual lo que hicieron aquellos hombres, o por qué sus líderes se lo ordenaron, o si pudo evitarse. Da igual que pagaran por ello. De una forma totalmente irracional, Jason solo piensa en que si su hermana no hubiera muerto, en que si aquel día hubiera estado en otro despacho, en que si hubiera hecho una pausa para tomar el té un poco antes de la explosión, tal vez él también se habría salvado. Ahora, tumbado en su cama de hierro, consciente de que se está muriendo, hay momentos en que solo es capaz de pensar en Mollie, de preguntarse si fue el miedo o una sensación de paz lo

que invadió su mente cuando levantó la mirada y vio, inconcebiblemente, que el mundo estaba a punto de desintegrarse.

Nada más despertarse, durante unos minutos, Jason Low no consigue recordar dónde está. Ni tampoco está seguro de si es por la mañana, y de hecho a menudo no lo es: últimamente necesita dormir muy poco. Permanece en su cama, en la indeterminada penumbra previa al amanecer, entrecerrando los ojos para intentar distinguir las formas en la oscuridad. Puede oír una respiración dificultosa y percibir un olor a desinfectante. Al alargar la mano para tocar a su esposa, Siew Li, los dedos de Jason solo consiguen tocar la barandilla de metal que rodea su cama, y durante un instante piensa: «la cárcel», antes de recordar que está en el hospital.

Su cama está en un pabellón de Clase C, lo que significa que hay otros siete cuerpos en la habitación. Él preferiría estar solo, pero su cuenta de Medisave se está quedando sin fondos después de varios años de profusas enfermedades. Siempre que menciona tímidamente la posibilidad de un traslado a la sanidad privada, como por ejemplo a una bonita habitación en el hospital Mount Elizabeth, la boca de su hija Janet se cierra de golpe, como un monedero. Al parecer, Janet considera que su herencia ya es un hecho consumado, y que cualquier gasto innecesario es un robo sin paliativos a los nietos de Jason. Él podría ir en contra de los deseos de su hija, pero si Janet se enfadara y dejara de ir a visitarle, ya no iría nadie. La luz empieza a filtrarse en la habitación, y las paredes grises asumen su tonalidad diurna, un verde repugnante. En la cama de al lado está Madam Ngoh, una mujer estúpida, que en sueños llama a gritos a sus hijos ausentes. Aunque no tienen nada en común (ella apenas habla inglés) Jason ha acabado confiando en ella. Ambos están allí para una larga estancia, sobreviviendo mientras las demás camas se llenan y vacían de pacientes de paso, de diletantes que ingresan tan campantes con cataratas y salen sin ellas. Hoy en día ya ni siquiera tienen que rajarte para quitarte un cálculo renal; un rayo láser te atraviesa sin perforarte la piel.

Ninguna cama tiene las cortinas echadas, lo que es una buena señal: significa que esa noche no se ha muerto nadie. Durante

las dos semanas que lleva allí, Jason ha visto cómo se llevaban del dormitorio tres cuerpos (discretamente, tapados con sábanas). Y las tres veces Jason lanzó una mirada a Madam Nghoh, que parecía estar igual de asustada que él. «El tiempo está liquidándonos uno a uno —pensó—, como los personajes de una película de terror».

El lugar en sí tiene algo de indecoroso. Cuando hablan entre ellas, las enfermeras lo llaman «geri»: «esta noche me toca *geri*», dicen, a veces delante de sus narices. A Jason no le molesta, aunque es una falta de respeto: sabe que su rostro se está viniendo abajo, que sus ojos están perdiendo brillo, que tiene la boca flácida. ¿Cómo van a saber las enfermeras que en ese pedazo de carne mustia aún queda sensibilidad? Ha intentado hablarles del sueño de Geroncio, pero ellas no tienen tiempo para escuchar lo que masculla un anciano, con su anticuada insistencia en las frases completas, y se limitan a suponer con sentido práctico que Jason está pronunciando mal «geriátrico» y a tranquilizarle: «Sí, ahí es donde está usted, señor Low. En el pabellón de *geri*».

Antes de ingresar allí, a Jason le gustaba esa parte del día: el sutil frescor del aire, un atisbo de bruma abajo, en la parcela ajardinada que hay alrededor de su bloque. Se preparaba una taza de té en la penumbra de un falso amanecer y se sentaba a la mesa de su cocina, escuchando cómo empezaban a despertarse los vecinos. El hospital es otra cosa. Ya hay una sensación metálica de preparativos cuando le llega el relevo al turno de noche, al tiempo que las enfermeras llenan las soperas de copos de avena y las colocan en los carritos. Jason intenta incorporarse en la cama, pero eso provoca que las sábanas emitan un frufú inusualmente fuerte. Solo están enmoquetados los pabellones de clase superior. Esa habitación tiene un ruidoso suelo de baldosas y un ventilador de techo.

Tampoco es que Jason tenga demasiadas ganas de que empiece el día. Después del desayuno, las enfermeras hacen la ronda de la medicación, y en algún momento de la mañana le dan un baño de esponja. Las tardes pasan muy despacio, una vez que se llevan las bandejas del almuerzo y Jason no tiene nada que hacer. Hay un televisor en un rincón de la sala, pero a él le agobia mirar en esa dirección porque le alarma la cantidad de tiempo que se esfuma viendo las tertulias y los programas de cocina. Jason se pregunta si su rostro en reposo

asume el mismo aspecto insensible que observa en los demás pacientes cuando ven la tele con la boca abierta. Le gustaría poder leer en vez de mirar la televisión, pero sujetar un libro en posición vertical y concentrarse requiere demasiado esfuerzo.

Su hija llega invariablemente con la primera oleada de visitas a las cinco en punto. Para cumplirlo, tiene que salir del trabajo antes de tiempo, y se asegura de que Jason sepa que para eso ha tenido que abandonar una reunión importante o incumplir un plazo de entrega. A él le entran ganas de decirle: «No tenías por qué hacerlo», pero ¿y si ella le toma la palabra y deja de ir a verle?

Janet es maestra... o por lo menos lo fue hasta que alguien del Ministerio se dio cuenta de sus grandes dotes para la burocracia. Sigue teniendo aspecto de maestra, con sus ajustadas chaquetas de punto, sus gafas de marimandona, y su compacta permanente. Jason se queda un poco atónito cada vez que se acuerda de que a su hija le quedan menos de diez años para jubilarse. Le parece una barbaridad que ya sea tan mayor.

De vez en cuando sus nietos la acompañan a verle, claramente a la fuerza, y ansiosos por salir corriendo en cuanto puedan, mencionando una película que quieren ver, o diciendo que han quedado con sus novias. Ahora están en la veintena, son altos y están bien alimentados, y hablan el monótono inglés sin inflexiones que al parecer emplean todos los jóvenes. El marido de Janet le hizo la visita de rigor al principio, pero su trabajo con las bases del partido le lleva mucho tiempo, y como el hospital está muy lejos de su distrito electoral, no tiene mucho sentido dejarse ver allí. Tiene que abarcar mucho terreno.

El horario de visita es hasta las ocho, y todas las tardes Janet permanece diligentemente sentada junto a la cama de su padre hasta que las enfermeras empiezan a pedirle a la gente que se marche. A veces ella le cuenta cosas sobre su trabajo, o sobre los logros de los chicos, pero en general se conforma con estar allí sentada en silencio, escribiendo notas rápidas en algún documento sobre política educativa, como si su mera presencia fuera lo único que se esperara de ella. Cada visita concluye con una lectura de *El Daily Bread*, un folleto de panfletos devotos, tamaño bolso, que le dan gratis en su parroquia. Jason le ha dicho que él no es un hombre

religioso, pero a ella le da igual. No hay nada malo en que a uno le recuerden lo que es portarse bien, le dice Janet a su padre. Aunque ninguno de los dos lo reconoce, ambos saben que Janet está pensando en el poco tiempo que le queda a Jason en este mundo, y en la minúscula oportunidad que le queda a ella de salvar el alma en peligro de su padre.

Como cualquier funcionario, la vida de Jason discurría por unos carriles ordenados; donde cada día era lo más parecido posible al anterior. Su departamento consiguió cierto prestigio por su eficacia. Las reuniones empezaban a su hora y sin desviarse del orden del día. Los proyectos se terminaban exactamente cuando estaba previsto, y nunca por encima del presupuesto. En la cena de su jubilación, el día que Jason cumplía sesenta y cinco años, incluso el ministro bromeó diciendo que en la oficina nadie tenía que mirar el reloj porque Jason estaba pendiente de que todo el mundo se atuviera al horario previsto. Le regalaron un reloj de oro y una placa grabada. Él siempre había hecho todo exactamente como debía. ¿Esa era su recompensa?

Su actual reclusión parece una versión infernal de aquella vida anterior: días largos y vacíos, salpicados de eventos regulares y sin ningún valor. Incluso las visitas de Janet, que tendrían que ser el momento culminante de cada día, le resultan empalagosas y asfixiantes nada más empezar. Jason sabe que a su hija le mueve más el deber que el afecto. Por lo menos él le ha transmitido su sentido del deber a una hija suya. Jason ha intentado pedir somníferos para pasar la tarde, pero la enfermera los reparte únicamente por la noche, y con autorización de un médico.

El principal problema está en su cabeza, que para él está debilitada y embotada. Siempre se ha enorgullecido de lo bien que capta los hechos, pero ahora no es capaz de retener nada en la cabeza durante mucho tiempo. Más de una vez le ha tenido que pedir a una enfermera que le haga el favor de comprarle el periódico durante su pausa para almorzar porque le daba demasiada vergüenza preguntar qué día era. En realidad da igual, no tiene compromisos importantes en un futuro inmediato, pero Jason siente la necesidad de aferrarse a la sensación

de ser quien es. No está dispuesto a convertirse en una persona tan irrelevante para el mundo que ni siquiera sabe en qué mes vive.

Cuando necesita desesperadamente charlar con Janet, a veces, sin querer, le pregunta por alguien que ya no está. «¿Cómo está tu madre? —le dice—, ¿cómo está la tía Mollie?». La primera vez que ocurrió, ella le fulminó con la mirada, como si fuera un alumno problemático, como si él se lo estuviera diciendo para tomarle el pelo. Ahora se limita a murmurar: «Muerta, papá», y después cambia de asunto con desenvoltura, como queriendo ahorrarse a ambos un momento embarazoso.

Jason no sabe cómo explicarle que él sabe que están muertas. A decir verdad, él es consciente de todo lo que ha perdido. Y, sin embargo, ellas están dentro de él. No puede contarle a Janet las largas conversaciones que mantiene con las ausentes, matando el tiempo de sus tardes interminables, mientras intenta comprender una y otra vez adónde se han ido. No puede contarle que a veces su hermana, y a veces su esposa, van a visitarle a altas horas de la madrugada.

«Perdido en su propio pasado», le oyó susurrar una vez a su hija por teléfono. La gente que le rodea cada vez tiene menos cuidado. Puede que piensen que está quedándose sordo, ya que también está perdiendo todo lo demás. A diferencia de su hermano, a Janet nunca le ha interesado hablar del pasado, y por el contrario prefiere centrarse en lo que ella denomina sus metas. «Uno tiene que saber adónde se dirige —le gusta decir—. Si no, ¿cómo va a llegar allí?».

A veces piensa que eso es lo que se supone que tiene que suceder, que al final verá pasar su vida a toda velocidad ante sus ojos, y que los últimos momentos se expandirán para encajar con todo lo ocurrido en el pasado. Pero los acontecimientos no se están desarrollando de una forma ordenada; si fuera así, por lo menos resultaría más fácil estar al corriente de ellos. Siente que su atención vaga constantemente, sumiéndose en la niebla de la memoria, enfrenándose con algún antiguo adversario, repasando discusiones que tendría que haber ganado. Después el enfado le dura un rato, pero él ya no consigue acordarse del motivo.

Jason ha perdido mucho: a su juicio, más que el desgaste habitual de una vida larga. Se pasa las tórridas noches de insomnio haciendo listas. Perdió a sus padres, por supuesto, hace muchísimo

tiempo. A su hermana y a su esposa, que le arrebataron de distintas maneras. A su hijo en Londres, una ciudad en el otro extremo del mundo. A Janet, que no es de nadie más que de sí misma. Y a Barnaby Rozario, su cuñado; Jason decide añadir a Barnaby a la lista de desaparecidos, aunque nunca fueron especialmente íntimos. Perdido es perdido.

Les habla a las enfermeras sobre las muchas personas que le han dejado, y ellas asienten con la cabeza, con empatía e impaciencia. El pabellón de *geri* está lleno de personas abandonadas, y a pesar de toda su pena y su enfado, a Jason va a verle su hija todos los días. «Una señora muy respetable —susurra el personal—, y su marido es nada menos que diputado». Teniendo una hija tan buena que cuida de él, las enfermeras no entienden qué más quiere.

Todas las tardes, cuando Janet se marcha, Jason pasa revista a su cuerpo. A menudo tiene el cuerpo tenso por el esfuerzo de estar en una habitación con su hija mientras ambos procuran mantener cierta cordialidad. Jason está en su cama, rígido, escuchando los chirridos que hacen los demás moradores cuando se preparan para acostarse. Aunque aún conserva la mayor parte de sus dientes, no se molesta en cepillárselos demasiado a menudo. Duda de que vaya a vivir lo bastante como para ver cómo les salen caries.

Resulta difícil aceptar tanta decrepitud, aunque aparentemente las enfermeras piensan que es lo único que cabe esperar a su edad (tiene setenta y seis años, y hoy en día eso no es ser demasiado viejo). A Jason lo que de verdad le gustaría sería ser uno de esos centenarios sonrientes, habitualmente japoneses, que salen en los periódicos y atribuyen su permanente buena salud a los genes y a una copa de *brandy* todos los días, con sus ojos vivaces que te miran desde una masa de arrugas que parecen una obra de papiroflexia. Cien años parece una buena edad, aunque a él los médicos le han dicho que probablemente no va a durar más de un año, o incluso más de un mes (Jason sospecha que, en realidad, los médicos desean que se muera pronto para recuperar esa cama: hay escasez). En cualquier caso, una vida larga es probablemente el reino de los que están libres de culpa, de los que están en paz.

Jason sabe que no siempre ha sido un buen padre. En su defensa cabe decir que en sus tiempos no era habitual que un hombre se quedara a cargo de sus hijos. Naturalmente, después de que Siew Li se marchara, Jason contó con la ayuda de su madre (y la de su suegra, aunque al cabo de unos meses a Jason no le gustaba pedirselo porque se pasaba todo el tiempo llorando). Mollie le ayudó durante un tiempo, pero tuvo a su propio bebé, y después también desapareció. A veces Jason se pregunta si habrían podido seguir siendo una familia en caso de que Mollie hubiera estado ahí. Su mente cae en una idea fija familiar: ¿y si Mollie no hubiera muerto? ¿Y si sus hijos hubieran crecido junto a Stella, la hija de Mollie? Se imagina a los tres juntos sentados después del colegio, dándose un atracón de sándwiches de mermelada.

Se pregunta si tendría que haber unido sus fuerzas con su cuñado, pero nunca le dedicó mucho tiempo a Barnaby; y a pesar de que ambos habían perdido a sus esposas y estaban destrozados por dentro, no hablaban casi nunca. Barnaby era débil, siempre lo fue. De modo que los dos padres criaron a sus hijos por separado, sumidos en el aislamiento, aunque los chicos sí fueron intimando.

Janet disfruta recordándole las muchas maneras en que Jason les ha fallado a sus hijos. Las deja caer en la conversación como anécdotas divertidas: aquella vez que Henry, con siete años, se negó a comerse la cena, y Jason estrelló su plato de sopa contra el suelo. La vez en que Jason se olvidó de ir a la ceremonia de graduación de Janet, motivo por el que ella no tiene sus propias fotos del evento. O aquella vez que les pegó a los dos por entrar en su habitación sin permiso. Ella todavía lleva la marca.

Para Jason su hija es una incógnita. Es una buena madre (por lo menos sus hijos han salido buenos) pero parece estar tan cerrada frente a su padre como frente al resto del mundo. Implacable, acoirazada, tan pulcra y resuelta que parece no tener ni un solo punto flaco. Muy a menudo, cuando Jason oye los decididos pasos de su hija antes de llegar a la habitación, su reacción inicial es de miedo claustrofóbico. ¿Cuándo ocurrió eso? Desde luego, antiguamente era al revés.

Henry, el hijo de Jason, lleva décadas en Londres y vuelve a Singapur muy de vez en cuando. A Jason le habría resultado bastante

fácil subirse a un avión (sobre todo con todos esos vuelos baratos que hay ahora) pero su sentido de cómo tienen que ser las cosas le hacía sentir que era Henry el que tenía que volver aquí, a su casa, y no que los demás fueran a verle. ¿Y si Jason hubiera ido y se hubiera encontrado con que no era bienvenido?

Se permite el lujo de lamentar no haber ido. Al menos habría sido bonito ver cómo vive Henry. Su hijo se ha ido transformando, ahora lleva una chaqueta de *tweed* con coderas y habla con la modulación de un académico inglés: es profesor de Historia de una de las universidades menos interesantes de Londres. ¿Cómo puede uno evadirse tanto de sus orígenes? Henry tiene un apartamento en el barrio de Bayswater que Jason, por las pocas novelas británicas que ha leído, imagina como un cuchitril húmedo donde huele a repollo. Janet ha estado un par de veces en Londres, pero nunca cuenta gran cosa, aparte de insinuar misteriosamente que le sorprende que los ingleses no murieran de cólera hace muchas generaciones.

Hay grandes zonas de la vida de su hijo que le están vedadas. ¿Por qué nunca se ha casado ni ha tenido hijos? Nunca se lo ha preguntado. Jason confía en que su hijo no esté traumatizado, que no tenga miedo de que cualquier mujer con la que se case acabe abandonándole como esa madre de la que no guarda ningún recuerdo. Por supuesto, el propio Jason nunca ha vuelto a casarse, y tampoco sabe muy bien por qué. Es simplemente que Henry y él nunca han hablado de nada de eso, nunca han hablado de nada que importara.

Pero hablar, sí hablan: Janet le compró un teléfono móvil y una tarjeta prepago, y ahora puede hablar con su hijo en Londres por poquísimos dinero, es increíble. Jason no se lo cree del todo, se acuerda de la época en que una llamada telefónica internacional conllevaba varias semanas de angustia de baja intensidad hasta que llegaba la cuenta del teléfono. Su nieto más pequeño a menudo intenta vencerle de que llamar al Reino Unido por internet le saldría gratis, pero Jason no entiende en qué cabeza cabe, y en cualquier caso, no tiene ordenador.

Las conversaciones empiezan siempre igual: holas y cómo-estás, después un silencio incómodo.

—¿Cómo estás de salud? —pregunta Henry.

—Fatal —le responde Jason; la verdad es que no tiene ganas de hablar de sus achaques: ni son interesantes ni tienen remedio. Por el contrario, él le pregunta a Henry por su trabajo.

—¿Cómo están tus alumnos?

—No solo me dedico a dar clases —dice Henry cansinamente, como si ya hubiera recitado antes el argumento. Puede que así sea; la porosa memoria de Jason obliga a repetir conversaciones enteras.

—Ya lo sé. También tienes que hacer todo el papeleo. Bueno, igual que Janet. De hecho, el otro día me dijo que tuvo una reunión que se prolongó toda la tarde. —Mientras lo dice, se acuerda de que hace por lo menos diez años que Janet no da clases.

—Investigo, publico ensayos; soy catedrático adjunto. Papá, no me dedico solo a dar clase a los estudiantes. Tenemos estudiantes de posgrado que se encargan del rollo de las tutorías. Yo soy académico.

Jason se da cuenta de que a Henry la conversación empieza a frustrarle y a irritarle, lo que a su vez hace que hable como un adolescente. Su voz se va estrangulando, como si estuviera a un tris de contestarle mal a su padre. Jason se pregunta cómo se las apaña su hijo con sus alumnos, que hoy en día probablemente se portan mucho peor que los de antes.

—¿Vas a escribir un libro?

—Ya he escrito un libro. Tres. Te envié ejemplares.

—Los tengo en casa, en algún sitio. Pero no me refería a un libro de texto. Quería decir un libro de verdad. Algo que lee la gente normal.

—Papá... —De nuevo, ese sonido de voz atragantada. Eso no puede ser sano.

—He visto en las noticias que vuestros estudiantes están provocando disturbios —le dice intentando cambiar de conversación.

—Parece que lo hacen todos los años. Siempre hay algo, alguna guerra o alguna política del Gobierno con la que no están de acuerdo. Demasiado tiempo libre. —Henry siempre ha sido claramente hostil a cualquier tipo de agenda política. Puede que, por su amplia visión de la historia, tenga la sensación de que nunca cambia nada, o por lo menos nunca de verdad, y que por consiguiente lo mejor es no asomar la cabeza y dedicarte a las cosas que tienes delante. Con eso Jason sí puede estar de acuerdo.

A partir de ahí pueden comentar algunas noticias de los periódicos con razonable cortesía. Henry se queja de la locura del *brexít*, de que un país se aísla del mundo, y su padre señala que Singapur hizo lo mismo, aunque no voluntariamente, pero nadie podría cuestionar el resultado. Henry intenta explicarle que las circunstancias fueron completamente diferentes, que el pueblo llano de Singapur no tuvo la oportunidad de votar de verdad, pero Jason empieza a dar cabezadas. Fue hace mucho tiempo, todo eso le aburre. Demasiada historia, sobre todo teniendo tan reciente el cincuentenario de la independencia. Todo el mundo se regodeaba: por doquier, en la televisión y en los periódicos, incluso por la calle. ¿Por qué? Ya fue bastante malo vivirlo la primera vez.

Jason casi siente ternura por su hijo durante esas conversaciones. A pesar de que parece imposible decir algo sin que uno de los dos se ofenda, por lo menos eso le resulta más soportable que la cortesía acartonada que tiene que aguantar con Janet. La diferencia de horario hace que sus conversaciones sean aún más fragmentarias. Cuando Henry coge el teléfono y dice «Buenos días», Jason disfruta contestándole «Buenas tardes».

Entonces Jason le pregunta: «¿Cuándo vas a venir a verme?» con voz quejumbrosa.

—No queda mucho para el final del trimestre, ¿tal vez entonces? —*Tal vez*—. He estado mirando vuelos, son bastante caros.

—Pues claro, todo el mundo sabe que volar en verano es caro. Tendrías que haber reservado tu vuelo antes.

—Es que yo no sabía que te ibas a poner enfermo —le contesta Henry con toda la razón—. Y es época de clases.

—Cuando fijas una fecha, dímelo.

—Pues claro. Ahora tengo que colgar. Nos veremos pronto.

—Deberías venir ya. A lo mejor me muero.

—Tengo obligaciones. Tendrás que resistir.

Siew Li y Mollie se le aparecen con distintas edades. A veces Mollie le visita como una niña pequeña, y le pide que la ayude a subirse al rambután que hay en el patio de atrás de la casa. Siew Li era adolescente cuando se conocieron, y no era mucho mayor cuando se marchó; y

sin embargo, cada vez que vuelve a verla le desconcierta lo cambiada que está. Siew Li vestida con el uniforme del Instituto de Bachillerato Femenino de Nanyang, Siew Li vestida de novia, después con sus bebés, y mucho después con aquel otro uniforme, cuando...

Jason sabe que ellas no están en la habitación con él, no de verdad: sus facultades aún no están tan deterioradas, ni mucho menos. Pero cuando las alternativas son esa oscuridad bochornosa, las toses y los gemidos de sus compañeros de hospitalización, no puede resistirse a la tentación de ceder. El contacto de las manos frescas de Mollie en las sienes de Jason, Siew Li colocándole las almohadas como a él le gusta, dobladas para que pueda apoyar el cuello. Que sigan ahí. Que regresen los muertos.

Hubo un periodo, muy al principio de su relación, en que pensó que había perdido a Siew Li para siempre. Se habían conocido hacía poco, y eso era lo que más le preocupaba, el temor de haber encontrado a aquella criatura tan preciosa y que se la arrebataran de golpe. Estuvo detenida por tiempo indefinido, sin indicios de que alguna vez fueran a ponerla en libertad. No era justo, una chica de quince años, con toda la vida por delante. «Pero eso vale también para ti —le decían sus amigos—, tienes que pasar página». No podía. Y siguió yendo a visitarla.

Pensaba que esa iba a ser la peor época de su vida, sin tener a Siew Li a su lado, sin poder siquiera verla periódicamente, cuando empezó su servicio militar. No se lo dijo a sus padres, solo a Mollie, que le comprendía y guardaba el secreto, algo que él le agradecía, aunque la principal emoción de Mollie era lo que le divertía ver que su aburrido hermano mayor por fin se había enamorado. Incluso le emocionaba un poco que se hubiera encaprichado de una chica fuera de la ley, uno de esos elementos peligrosos que según el Gobierno estaban desestabilizando el país.

Jason nunca se lo creyó, aunque se daba cuenta de que el *establishment* estaba haciendo grandes cosas por el país, y confiaba en que los de arriba supieran lo que hacían. Sin embargo, conocía a Siew Li (o por lo menos empezaba a conocerla) y ella no quería poner bombas en ningún sitio. Ella decía que las huelgas que había contribuido a organizar eran necesarias, porque si no, ¿cómo iban los trabajadores a hacer oír su voz? Las historias que le contaba Siew Li

eran espantosas. Él no tenía ni idea, en su existencia pulcra y llena de luz, de cómo vivía la mayoría de la gente. Suponía que era verdad, pero al mismo tiempo se daba cuenta de que ese no era el camino a seguir, a base de paralizar el país con violencia por las calles. Ambos eran hijos de la década de 1940, y sus primeros recuerdos eran de la ocupación japonesa. ¿Por qué montar otra zona de guerra, tan solo diez años después?

Y sin embargo ella le fascinaba. Jason quería saber más, no solo sobre ella, sino sobre todo. Incluso a esa edad, era consciente de que el mundo solo tenía sentido si no prestaba atención a la mayoría de sus problemas. En el colegio, la historia era simplemente un desfile de progreso, con unas pocas aberraciones desafortunadas. Pero entonces apareció Siew Li, que tachaba de capitalistas a los padres de Jason, como si fuera algo malo, que despreciaba su exitosa empresa justamente por culpa de su éxito. Tanta gente trabajando, pero los únicos que se hacían ricos eran los padres de Jason. ¿Por qué? Él no podía darle una respuesta. Pero quería averiguarlo.

Para empezar, se conocieron gracias a que Jason sintió cierta curiosidad. Los periódicos hablaban constantemente de una algarada en la empresa de autobuses, y por la radio lo contaban como un apocalipsis. Hacía tiempo que venían produciéndose disturbios, y además los alumnos de los centros de enseñanza media en chino habían unido sus fuerzas con los sindicatos para tomar al país como rehén. Jason pensaba que era importante ver aquel momento histórico con sus propios ojos (aunque, para ser sincero, a él solo le parecía emocionante), pero en cualquier caso allí estaba, en la calle Alexandra, mientras el calor y la energía de las protestas abraban el orden de su existencia. Y allí estaba ella, con un pañuelo de caballero doblado tapándole descaradamente el rostro, como si fuera una bandolera. Con una pancarta en la mano, como Marianne enarbolando una bandera. Sin pensárselo dos veces, le dijo «hola».

Ella se apartó la tela de la cara y Jason vio su mandíbula firme, sus pequeños dientes. Intentó hablarle entrecortadamente en chino, hasta que ella se apiadó de él y pasaron a hablar inglés, que ella claramente no hablaba con fluidez, porque ella se las apañaba para expresarse a su manera. Jason sentía un atisbo de sonrojo, y se preguntaba por qué. Entre sus compañeros, no hablar chino, una

lengua extranjera, era motivo de orgullo. El inglés era el futuro. Sus amigos se burlaban de los escolares chinos, que todavía se aferraban a la lengua del antiguo país, que hablaban de «volver» a China, cuando habían nacido en Singapur, y escuchaban a Yao Lee en vez de a Perry Como. Y allí estaba él, escuchando pacientemente a Siew Li mientras le explicaba la pancarta que llevaba.

—*Gaicao huandai*. ¿No lo has oído nunca? Significa cambia los tiempos y, cómo lo llamáis vosotros, al emperador.

—No tenemos emperador.

—Ya sabes a qué me refiero. A los *zhimin*.

—A ¿quiénes?

—A los *ang mobs*. A esa gente.

—¿A los británicos? ¿Quieres decir al Gobierno?

—Sí, al Gobierno. Necesitamos un cambio.

—¿Pero esta protesta no es sobre los sindicatos de los trabajadores de los autobuses?

—¿Tú crees que se puede cambiar una cosa nada más? Aquí no funciona nada.

Siguieron así un rato, él lanzando estadísticas y datos contra el muro de la indignación de ella, pero ya parecía distraída, pendiente de los policías que había al lado, y volvió a ponerse el pañuelo sobre la cara. Jason pensaba que no quería hablar de política con ella, o no solo de política. Quería saber qué más cosas ocurrían detrás de aquellos ojos de pedernal.

Pero antes de que él pudiera pedirle su número de teléfono, notó un cambio en la atmósfera, un leve murmullo de tensión, y el instinto de autoconservación le dijo que se escabullera de inmediato por la primera esquina. Oía gritos detrás de él mientras se alejaba a pie, intentando hacer como si nada. Se dio cuenta de que no era el único: un puñado de estudiantes chinos también abandonaban la escena, todavía no estaban dispuestos a ser mártires por la causa. No se lo reprochaba. Una cosa era protestar, pero que te detuvieran era un asunto grave.

A una distancia prudencial se dio la vuelta y la vio, o por lo menos a él le pareció que era ella: dos policías la habían inmovilizado, y ella se negaba a soltar la pancarta, que llevaba arrastrando a su lado. Parecía serena, tenía un aire casi travieso, un punto inmóvil en medio de aquel alboroto. A Jason se le encogió algo por dentro. Tenía

que volver a verla. Ya estaba pensando en la mejor manera de dar con ella. Todavía podía verle la cara. Se preguntó: ¿qué hace que uno mire a otro ser humano y, de alguna manera, simplemente lo *sepa*?

Aunque a duras penas es capaz de andar arrastrando los pies, las enfermeras le animan a levantarse y caminar por ahí, porque de lo contrario se le van a atrofiar los músculos y podrían salirle llagas de tanto estar en la cama. Jason les hace caso con su desgarrado andador, y a veces llega hasta el jardín de la azotea, con su camino de piedras de reflexología podal y sus pequeñas jardineras estériles. Allí arriba, el principal atractivo son las vistas: está lo bastante alto como para contemplar la ciudad, las coloridas torres de apartamentos y, a lo lejos, lo que Jason imagina que es la masa gris de Malasia.

Ha decidido que si consigue salir de allí se dedicará a viajar. Ver un poco más el mundo en el tiempo que le quede. ¿Por qué no lo hizo cuando podía? Estaban los niños, por supuesto, pero cuando se hicieron mayores, cuando él todavía gozaba de buena salud, habría podido permitirse el lujo tranquilamente, ¿por qué nunca fue en busca de lo desconocido?

Cuando fue a visitar a Siew Li a la cárcel, se prometieron muchas cosas. Ella necesitaba tener algo en perspectiva, pero él también, porque el presente era demasiado insoportable. Cada vez que iba a verla se sentía culpable por tener que dejarla allí y salir al luminoso mundo exterior. Jason le contaba lo que había hecho y lo que había visto, embelleciendo un poco los detalles cuando no le parecía lo bastante emocionante. Era mejor no preguntarle lo mismo a ella: le deprimía no tener nada nuevo que contar, solo las húmedas paredes de su celda, acaso una leve mejora en la comida, o un interrogatorio más desagradable de lo habitual.

Puede que el dolor de aquellos tres años sea el motivo de que nunca fuera a ver a su sobrina Stella, ni una sola vez durante todo el tiempo que estuvo encerrada. Se arrepiente de ello, como de tantas otras cosas. Habría podido hablar con ella después, enviarle un mensaje, pero no hizo nada. Afortunadamente, para entonces ya estaba distanciado de Barnaby, porque de lo contrario habría sido sin duda la gota que colmara el vaso.

¿Qué diría Mollie? Jason la invoca y le dice, una vez más: «Siento lo de tu hija. No he sido un buen tío. Tenía mis propios hijos, pero eso no es excusa. Simplemente no...». Y Mollie sonríe, cariñosa como siempre, y le coge de la mano. «Ahora ya no puedes cambiarlo —le dice—, «todos querríamos haber hecho las cosas de una forma distinta». No llega a ser una absolución, pero es mejor que nada. Jason se agarra a Mollie y piensa: «no viviste lo suficiente para que yo llegara a decepcionarte».

Janet le ha dejado una pequeña Biblia de Gedeón al lado de la cama, y Jason la hojea nerviosamente. Ya no se acuerda de cuándo dejó de ir a misa, solo de que no fue una decisión deliberada, fue simplemente porque estaba demasiado ocupado, demasiado cansado, y ¿cómo podía ser todo aquello un plan divino? De modo que dejó que sus padres llevaran a los niños a la escuela dominical, y ahora se arrepiente de ello cuando llega la parte proselitista de las visitas de Janet. Todo sería más sencillo si él creyera, y más reconfortante, pero, ¿y si Janet tiene razón, y detrás del telón no hay el vacío que teme Jason, sino todos los muertos, no tan cordiales como él los recuerda, pero dispuestos a pedirle cuentas por todo lo que les debe?

Cierra los ojos. Era tan sencillo no hacer nada más que ensimismarse todos los días en su trabajo, después leer los periódicos y luego ver la televisión. Sus hijos aprendieron a no hablarle si estaba leyendo, y a no entrar nunca en su dormitorio. Él les daba de comer (casi siempre unas bolsas del centro de puestos ambulantes, que compraba de camino a casa) y les pagaba el colegio. Hasta ahí llegaban sus obligaciones. ¿Tendría que haber hecho más? Y Siew Li. Habría podido hacer algo para salvarla, ¿verdad? Nunca lo intentó. Aquellas cartas..., ahora intenta recordar dónde las puso. Debería decirle algo a... Pensarlo le resulta agotador, y la idea se desvanece.

Se esfuerza por buscar un recuerdo más feliz. El júbilo cuando pusieron en libertad a Siew Li, eso siempre es bueno. Ver cómo se reincorporaba al mundo, cómo volvía a ocupar su lugar en él. Estar con ella, de verdad, sin ninguna mesa entre ellos..., ahora le parecía algo especial, como si tuvieran que considerarlo un momento precioso porque habían tenido que esperar tanto tiempo. «¿Alguna vez estuviste a punto de rendirte? —le preguntó Siew Li una vez—. ¿O habrías esperado siempre?». Y por supuesto, él dijo que siempre,

pero era imposible saberlo. Se la presentó a sus padres, temiendo que dijeran algo sobre su extracción social o sobre su estancia en la cárcel, y dispuesto a defenderla.

Jason siempre había sido una de esas personas que tienen un plan, que inicialmente le marcaron sus ambiciosos progenitores (los colegios adecuados, los clubes adecuados), y después el camino bien definido de la Administración pública. Siew Li era una aberración, pero en aquel momento a Jason le resultaba apasionante estar con gente que intentaba cambiar algo más allá de sí misma. Al principio Mollie se mostró distante. Después se hicieron amigas, lo que probablemente era inevitable. Siew Li empezó a llegar antes de lo anunciado, de modo que para cuando Jason salía de su cuarto, las dos estaban cómodamente instaladas en el sofá, charlando tan deprisa que él casi era incapaz de seguirlas. Siew Li le aseguraba que no había dicho ni una palabra sobre su ideología, le decía que no se preocupara, y Mollie afirmaba que solo habían hablado de ropa y de música, nada que pudiera resultar embarazoso.

Se habló de que Jason se marchara a alguna universidad, a Inglaterra, como todos los chicos inteligentes. Él dejó bien claro que prefería quedarse en Singapur, con Siew Li, lo que fue secretamente un alivio para sus padres. El dinero ya no abundaba igual que antes; los japoneses habían arrasado su fábrica durante la ocupación, y los padres de Jason tuvieron muchas dificultades para volver a poner en pie la empresa. El padre de Jason estaba seguro de que no quería que su hijo se hiciera cargo de la compañía, era una criatura renqueante, y además su chico estaba llamado a cosas mejores que el comercio.

Al final, el único escollo resultó ser el nombre de Siew Li. La madre de Jason la llamaba de distintas formas, Sue y Sally, y solo hizo un mínimo esfuerzo por pronunciar las sílabas llanas en chino cuando Jason se puso firme. Al final, su madre le dijo: «Daos prisa y casaos. Entonces ya podré llamarla simplemente “hija”».

En efecto, se casaron y tuvieron a los mellizos. Jason intenta recordarlo como una época feliz, pero con la distancia de los años queda ensombrecido por lo que vino a continuación. Debió de haber unos cuantos meses buenos, puede que hasta un par de años, cuando

todo marchaba como debía. Janet le ha dejado una selección de viejas fotos familiares junto a la cama del hospital, porque aparentemente está convencida de que eso hará que Jason olvide lo mucho que se han distanciado desde entonces, y Jason no se reconoce en las fotos. Ve a un hombre exasperantemente joven, torpe, con gafas, y el pelo engominado hacia atrás con cuidado. Junto a él hay una joven, de mirada feroz. Cada uno tiene a un bebé en sus brazos.

Le gustaría tener un periodo de tiempo al que aferrarse, una época simple y llanamente buena... ¿pero no se estará engañando a sí mismo? Sabe que lo trágico de la felicidad es que a menudo uno no es consciente de ella hasta que se desvanece, pero está claro que no haber disfrutado nunca de ella es peor, ¿no? Cuando piensa en sí mismo de joven, como un padre joven, todo le parece vacío, falso.

En aquellos tiempos era bastante agradable llegar a casa, que Siew Li le contara cómo había pasado el día, darles un beso a los mellizos, y asombrarse de cómo iban cambiando. Le parecía que había muchas cosas que hacer para que la familia saliera adelante. Mollie iba de visita a menudo, incluso después de casarse. Más tarde se quedó embarazada, y le encantaba que su bebé fuera a ver a sus primos.

Ahora a Jason le resulta imposible evocar las conversaciones de aquellos días. Recuerda que nunca se peleaban, que los niños nunca daban problemas. Pero eso no podía ser, ¿verdad? Siew Li se había apaciguado, su etapa radical quedó atrás, y su inglés iba mejorando a medida que lo usaba con frecuencia. Seguía trabajando para un sindicato, pero sin hacer activismo, simplemente encargándose de unas negociaciones sobre convenios muy moderadas. Y eso estaba muy bien, Jason apoyaba los derechos de los trabajadores tan inquebrantablemente como cualquiera. Ella solo pensaba en la política, participaba en las campañas electorales, pero al fin y al cabo se suponía que vivían en democracia, y además nunca quiso presentarse candidata a nada.

El padre de Jason estaba a punto de cerrar la empresa familiar. Requería demasiada mano de obra, salas llenas de mujeres cosiendo abalorios en los vestidos. Ahora lo que estaba de moda eran los vestidos importados, las telas estampadas baratas y cosidas a máquina. Las chicas más despiertas de la ciudad, las que leían las revistas de moda europeas, sabían lo que querían: el Nuevo *Look*. Modernidad;